

La oratoria de D. Joaquín María Alcalde era viva, patética, impresionista. Todo era en él animación y movimiento: el gesto acompañaba la palabra, y la palabra era grito ó acento ahogado, si el caso lo pedía. Dió muestras de gran valor civil en la defensa pública del ex-dictador el general Santa-Anna.

Lemus, D. Nicolás, fué vehemente y agresivo, y como su brazo estuvo siempre dispuesto á mantener sus conceptos, se esquivaba tenerle por contrincante.

Don Juan Sánchez Azcona tuvo la habilidad de luchar siempre del lado del gobierno. Su estilo era llano, pero preciso, y aun sabía arrostrar las iras de la oposición.

Menos vehemente que Lemus, tan resuelto como él, aunque menos espontáneo, fué D. Roberto Esteve, que pagó buen tributo á las letras, llegando á ensayarse en la dramática.

Nuestra oratoria ha tenido su Júpiter tonante. Cuando se erguía en la tribuna, transfigurábase ésta en Olimpo ó en Sinaí. Su voz de barítono vibraba como fusta ó como hoja damasquina, y eran sus frases relámpagos ofuscadores ó proyectiles mortíferos. Su inteligencia soberana no conocía vallas: águila en todas partes, lo mismo se cernía en los aires para caer sobre su presa, que miraba al sol cara á cara, sin parpadear. Consumado esgrimidor de la palabra, nunca dejó de parar sin responder, y su respuesta fué siempre certera, mortal. Clavaba al adversario, y no era ni para dispensar una mirada á su víctima ni para alardear de la victoria. Ningún recurso oratorio érale desconocido, y de todos sabía hacer uso sin esfuerzo: el frío razonamiento, la paradoja brillante, la ironía ó la burla, el desdén ó la gravedad, el halago seductor ó la amenaza solemne y hasta el vaticinio profético. Era su lengua circunvolución de su cerebro, órgano pensador, valga la hipérbole, tal así brotaban y fluían y se precipitaban los razonamientos de sus labios. Se ejerció en las dos formas de la oratoria parlamentaria: en la de oposición como en la gubernista, mas siempre al servicio de los grandes intereses nacionales. Patriota insigne, aceptó con Juárez los desposorios con la desgracia, que le dió ocasión para revelar la magnitud de sus talentos, la entereza de su carácter, el altísimo temple de su valor civil: Sebastián Lerdo de Tejada se llamó este hombre extraordinario, á quien la historia le acusa de un doble inmenso error: demasiada confianza en el valor de nuestras instituciones públicas y fe excesiva en el criterio del pueblo.

Ponemos aquí punto á lo que pudiera llamarse parte narrativa del movimiento literario en México, al que daremos por complemento un rápido estudio sobre el estado actual de nuestras letras; mas antes de ir adelante, procede consignar aquí una declaración de conciencia. Aun de la manera imperfecta con que hemos mal pergeñado este capítulo, no habríamos acertado á hacerlo á no haber contado con dos poderosos auxiliares: la *Reseña histórica del teatro en México*, utilísima compilación, hija de la inteligente laboriosidad de D. Enrique de Oalavarria y Ferrari, donde se encuentra, no sólo cuanto ha pasado por nuestros teatros, sino cuanto en letras se ha hecho en el país, circunstancia que hace su obra necesaria en toda biblioteca mexicana, y D. Francisco Sosa, cuya abundante producción en estudios biográficos, de una parte, y sus bien inspirados consejos, de la otra, han sido en este trabajo á modo de valiosísima colaboración.

IV

ESTADO ACTUAL DE LAS LETRAS MEXICANAS

No cabe, dentro del programa de nuestra síntesis, reseñar, en sus múltiples manifestaciones y detalles, el movimiento literario del presente, producido por los hombres de letras aún en actual labor.

Quiérello así el editor de este libro, quiérello así el encargado de redactar ésta, que es una de sus divisiones, deseosos uno y otro de alejar toda ocasión de injusticia para con los vivos.

Con efecto, tarea semejante es de suyo orillada á desaciertos, que hasta por simple omisión, por inintencionada que sea, puede causarse agravio aun á los que se han hecho en altísimo grado acreedores á un encomio franco, sin hipócritas reservas.

Por otra parte, fuera insensato negar que la muerte posee el prestigio de hacer efectiva la justicia para

los que ya sufrieron su ley, no pareciendo sino que esa misma muerte tiene el don de enfocar las figuras de sus víctimas, de modo que sean vistas en su luz propia y en sus verdaderas proporciones. Si ella extingue odios, también apaga afectos y deja abolida toda sospecha de elogios ó censuras interesadas.

Dicho esto, para descargo de conciencia y justificación del plan, entremos en su ejecución.

Nunca, ni antes ni después, se manifestó más intensamente nuestra vida nacional que al emerger la República vigorosa, radiante y depurada del océano de fuego en que la sumergieron los acontecimientos de 1862.

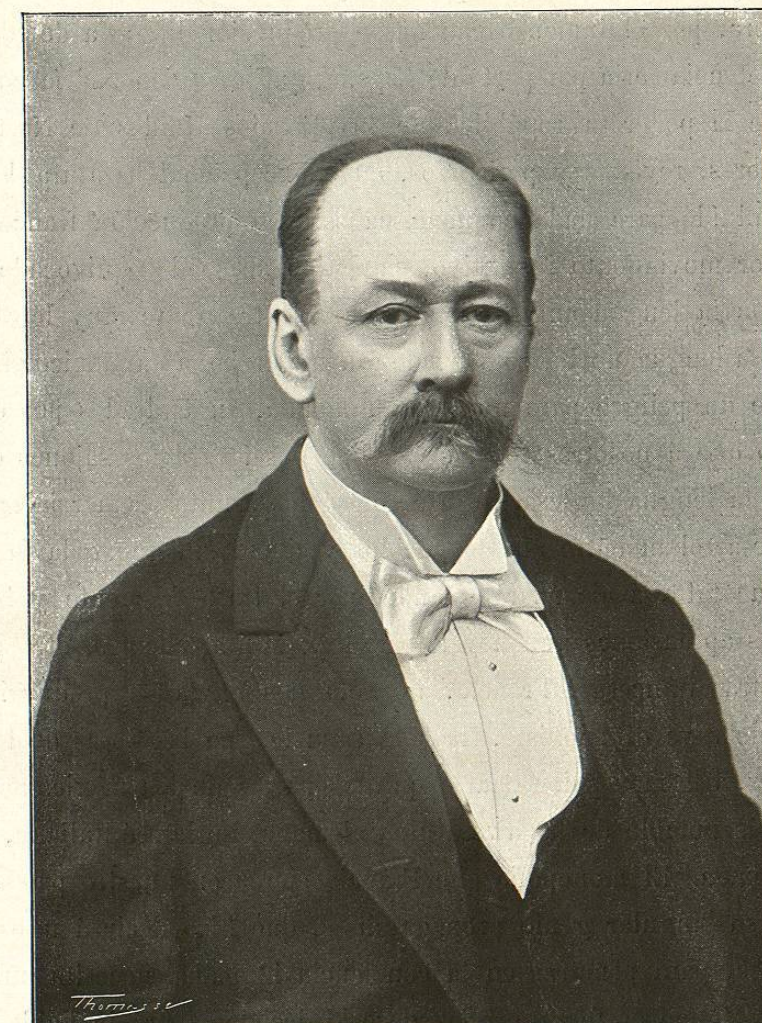
La República, firme entonces en su asiento, tuvo derecho á engreirse de su victoria, al estrépito de las aclamaciones y al aura de los agasajos que en modo alguno le escatimaron sus hermanas del Continente. Y aun era parte á estimular su envanecimiento el mismo maldecir que el despecho inspiraba á los vencidos, humillados ó burlados, del otro lado de los mares.

De nuestra tierra, calcinada por el fuego de mil combates, apagado con la sangre de millares de víctimas, rompían generosos y vivíficos gérmenes, llamados sin duda á operar nuestra evolución más grandiosa, á dar cuerpo á nuestros ideales y consistencia real á nuestras aspiraciones, que, como dice Macaulay, «las mejores y más preciadas obras de la imaginación siempre se han producido en tiempo de turbulencias políticas, como las vides más lozanas y fructíferas, y las flores más bellas y perfumadas, se dan siempre en aquellas tierras que fertilizó algún día la lluvia de fuego de un volcán.» Tan cierta es esta observación, que, al término de la lucha á que aludimos, nuestra literatura, henchida de alientos potentísimos, se reveló aunque un tanto desordenada, copiosa y exuberante, en todos los modos de ser de que es susceptible.

El odio que tras de sí dejara en nuestros pechos la descabellada empresa napoleónica, no por pasajero menos real, trascendió por el momento á cuanto de Francia procedía, y hubo

como un comienzo de reacción en el sentido á que naturalmente nos conducía nuestra propia habla hacia las hispanas letras, sin que por eso dejara de percibirse, en nuestro procedimiento literario, que los moldes franceses no caducaban ni caían en desuso. Ciertamente que de otro modo hubiera sido á haber España podido ofrecernos rica y genuina producción literaria; mas de lo bueno y propio que tenía, únicamente nos arribaban los portentosos torrentes de la elocuencia de Castelar, los deliciosos poemitas de Campoamor, y... paremos de contar, como que en aquellos tiempos, sobre que nuestro comercio intelectual con la antigua metrópoli era punto menos que nulo, la turbamulta de los que allá hacían oficio de letras eran afrancesados puros, que, faltos de aliento ó descarriados, no acertaban con la riquísima vena de la literatura nacional.

Ese comienzo de reacción fué azas transitorio: Víctor Hugo, nuevo Juan de Patmos, seguía tramando desde su roca de Guernesey; Dumas, hijo, continuaba, en el teatro y en la novela, sondeando hondísimos problemas de la vida social, y ambos embargaban nuestra atención y nuestras vigiliass, como que, al turbar las conciencias, despertaban en los pechos el interés más vivo, el interés humano por excelencia; y pene-



D. Alfredo Bablot